

peranza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de una alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo, no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y bienandanza, dice un tierno adios á los desgraciados, que ciegos de orgullo ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cuál se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que habia mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine, quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa escitacion, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobre manera que los amigos de la religion y de la moral, salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nacion, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la mies es mucha y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y aerisolado, su instruccion vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificacion hermosa y facil, su corazon delicado, y su fantasia galana y brillante, seria uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religion, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los estrangeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y magestuosa gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo.

## PIO IX.

### Novedad y grandor del espectáculo.

El pontificado de Pio IX ha puesto en expectativa al mundo: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con mas viveza, ni agitado los ánimos tan profundamente, ni convidado á reflexiones mas graves, ni abierto mas ancho campo á conjeturas y pronósticos. El universo católico acaba de oír la nueva de luto: "el Papa ha muerto!" y un instante despues, llega la de regocijo: "ya tenemos Papa;" *Papam habemus*. . . . Mientras los gobiernos de Europa piensan en las eventualidades de la eleccion futura, se hallan sorprendidos con la noticia de que la eleccion se ha hecho ya. La influencia del embajador francés en el Cónclave, es una vulgaridad: Rossi no sabia siquiera cuáles eran los deseos de Luis Felipe; antes que recibiese credenciales ni instrucciones de ninguna clase, la eleccion se habia consumado; el gobierno de las Tullerías fué sorprendido por la noticia de la eleccion, lo mismo que el último de los parisienses. La uniformidad, la prontitud, todo es singular en esta eleccion; nadie tuvo parte en ella, sino los que debían tenerla; el Cónclave, por un movimiento espontáneo, enteramente libre, se fija en brevísimo tiempo, y la capital del orbe cristiano, aclama al Cardenal Mastai-Ferreti, con el nombre de Pio IX.

¿Qué hará el nuevo Papa? Su primer acto político es la amnistía; y resuena por toda la Europa un grito de aplauso á la clemencia del Pontífice. Los presos que recobran la libertad, los condenados que alcanzan el perdón, los emigrados que respiran de nuevo el aire de la patria, ensalzan alborozados la mano bienhechora que les dispensa el beneficio; los católicos ven con mucha complacencia ese acto de bondad paternal, en el que es padre de todos los fieles; el liberalismo saluda la amnistía como la aurora de la libertad; y la masa del pueblo, que antes de estraviarse se apasiona por las ideas generosas, victorea con entusiasmo y delirio al Papa, que perdona y olvida. Roma empieza á presentar un aspecto nuevo; hay un movimiento desusado, hay agitacion, circulan noticias sobre reformas, sobre libertad, sobre proyectos de un sistema que cambie la faz de los negocios; y el orbe entero aplica atento oido al sordo rumor que se levanta en la capital del orbe cristiano. Roma, la ciudad de los grandes destinos, de los acontecimientos extraordinarios; Roma, la clave de las mudanzas profundas en la marcha de las naciones, Roma se agita; Roma, el corazon del orbe, se prepara á cosas nuevas; ¿qué nuevos destinos le aguardan al mundo?

Poco después, la prensa se ensancha, y aunque bajo la censura, obtiene inesperada latitud; el P. Ventura ensalza desde el púlpito las doctrinas políticas de O'Connell, y sus calurosas palabras se imprimen en Roma con permiso de la autoridad. Se convoca un consejo de Estado, se establece una municipalidad en la capital, y para complemento, el gobierno pone las armas en manos del pueblo, organizando rápidamente la guardia cívica.

A un cambio tan repentino y profundo en el mismo centro de la Italia, y promovido por un Papa, toda la península italiana se conmueve: los fuertes latidos del corazon se hacen sentir hasta las estremidades; desde la Calabria hasta Venecia y Turin, resuenan entusiastas victores al Papa y á la independencia de la Italia; en las asonadas, el grito de los amotinados es *viva Pio IX*; y el himno de Pio IX es su cántico de libertad. El duque de Toscana es arrastrado por la corriente democrática; el de Luca, atribulado, va, viene, no sabe qué hacerse, y acaba por abdicar; la corte de Nápoles se inquieta; Carlos Alberto observa; el Austria estiende y refuerza su cordon de bayonetas, y mientras espera ulteriores acontecimientos, se apodera de Ferrara. El gobierno pontificio protesta, y el gabinete de Viena, ese gabinete que poco antes miraban algunos como el necesario apoyo de la corte de Roma, se halla en discordancia con ella; en Roma se habla y escribe contra el Austria, y se toma una actitud tal, que no puede menos de desagradar al alto protector.

Entre tanto, la diplomacia europea se pone en movimiento; todas las regiones políticas se agitan; todos los periódicos liberales, religiosos ó impíos, se declaran altamente por el Papa; como si la palabra ultramontanismo fuese á convertirse en sinónimo de progreso y libertad.

Preciso es confesar que hay en este espectáculo una novedad que asombra, una complicacion que aturde, una magnitud que anonada; hay algo que entusiasma y que arredra. La historia con sus lecciones, la esperiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus esencias, lo antiguo que se cae á pedazos, lo nuevo que lo invade, que avanza, que á veces se desborda con raudales de llama, todo se agolpa á la mente; y el ánimo conmovido, agitado, fluctuante, se pregunta: ¿qué sucede? ¿qué sucederá?

Vano sería empeñarse en desconocerlo; estamos asistiendo á uno de los acontecimientos mas graves, mas trascendentales de que hay ejemplo en los fastos de la historia: el objeto es grande, colosal, inmenso; guardémonos de creerle pequeño. Quizás se pueda emplear aquí un dicho del conde de Maistre: esto no es un acontecimiento, es una época. Meditemos sobre ella sin prevención, sin pasiones, con amor de la verdad; preguntemos á la razon, consultemos á la historia, atendamos á la esperiencia, sí, pero guardémonos de escarger el argumento de analogía; la dificultad no está solo en ver las semejanzas; mas costoso suele ser el descubrir las diferencias; si en dos países el cielo se enturbia, y el trueno retumba, y los relámpagos inflaman el horizonte, no es difícil ver que entre los fenómenos hay semejanza; la dificultad está en discernir si las disposiciones atmosféricas son las mismas; si es el mismo el viento que sopla; si hay en ambas el genio del mal esparciendo la desolacion y la muerte, ó si en una de ellas está el genio del bien, permitiendo la agitacion para refrescar y purificar la atmósfera con una lluvia vivificante.

## El hombre.

¿Quién es Pio IX? ¿Cuáles son sus dotes personales?—Se nos dirá tal vez, y qué importan aquí las cualidades del hombre!—¡Ah!

mucho importan, si no se han de borrar las páginas de la historia. Todos los grandes acontecimientos, buenos ó malos, están ligados con las cualidades personales de algunos hombres: cuando el cielo quiere derramar sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones ó la copa de su indignacion, se levantan hombres á propósito: ora brilla el genio, ora la santidad, ora un gran carácter, quizás el cielo permite que el criminal se encumbre, ó que el débil empuñe riendas que no puede manejar. Para transformar el Oriente, se presenta Alejandro el Grande; para convertir la república romana en imperio, César y Augusto; para verle perecer, Angústulo; para esclarecer el caos de la barbarie, Carlomagno; para oponer un dique á la corrupcion universal, San Gregorio VII y San Bernardo; para descubrir un nuevo mundo, Cristóbal Colon; para fundar el poderío de la monarquía de Felipe II, Isabel, Fernando, Cisneros; para la de Luis XIV, Enrique IV, Richelieu; para morir con ella, el bueno y débil Luis XVI; para la revolucion inglesa, Cromwel, para la de los Estados-Unidos, Washington; para estraviar las ideas en religion, Voltaire; para ec-saltar los ánimos en política, Rousseau; para impulsar la revolucion, Mirabeau; para dominarla, Napoleon. No son, pues, diferentes las cualidades personales del Pontífice; momentos críticos vendrán en que todo dependerá de ellas; y aun ahora no se puede conocer bien la significacion de muchos actos, si no se atiende á ellas. Las cosas dominan á veces á las personas; pero no es raro tampoco el que las personas dominen á las cosas: como las personas que se hallan en tan elevada altura representan grandes instituciones, sus cualidades en si mismas son grandes cosas, y ejercen mucha influencia en bien ó en mal de los pueblos. Fijemos la vista sobre la historia de España: ¿no es cierto, y muy cierto, que en la marcha de los acontecimientos han influido sobremanera el carácter, las debilidades, los defectos de algunas personas?

¿Quién es Pio IX? ¿Es conocido acaso como hombre de principios sanos, pero acomodaticios, de alma tibia, de costumbres flojas, amante de la aura popular, de carácter débil, fácil de ser llevado por la astucia á hondos precipicios? No: el Papa no es nada de eso; Pio IX, no tal como le pudieran pintar la lisonja ó el respeto, sino tal como le pinta la verdad, tal como le pintan los que le conocen, y deben conocerle muy bien, es un hombre digno bajo todos conceptos del alto puesto que ocupa; Pio IX es hombre de costumbres severas, de piedad sincera y profunda, de caridad ardiente. Sacerdote antes que político, Pontífice antes que rey, consagra largo tiempo á la oracion, é implora las bendiciones del cielo sobre la Iglesia encomendada á su pastora! solicitud, y sobre los pueblos encarga-

dos á su gobierno temporal. La piedad que atesora orando en secreto *in abscondito*, rebosa cuando se manifiesta en público; y los pueblos admirados y enternecidos, le ven celebrar los divinos misterios con edificante fervor, predicar con penetrante uncion la divina palabra, repartir con su propia mano el pan eucarístico, visitar la casa del pobre, consolar al afligido y manifestarse en todo y en todas partes, digno vicario de aquel que pasó sobre la tierra *haciendo bien*.

El entusiasmo que escita en Roma y sus Estados, comprende á todas las clases, á los hombres de todas las ideas: sin duda que los incrédulos, con designio siniestro, mezclan sus aplausos con los de la multitud; pero ésta ama, venera, adora al Papa, porque ve un Pontífice modelo de todas las virtudes; porque sabe que su perdon es hijo, no de cálculos de interés ni de ansia de aplausos, sino de clemencia y caridad; porque sabe que sus reformas no nacen de prurito de innovacion, sino de amor al bien; porque sabe que su afabilidad no es un medio para hacerse popular, sino fruto de humildad y de modestia; porque sabe que la sencillez en su persona, las economías en su servidumbre, no dimanan de codicia, sino del ardiente deseo de socorrer á los pobres y aliviar á los pueblos.

Este es su presente, ¿cuál es su pasado? En sus primeros años, despues de haber tenido alguna inclinacion á la carrera militar, noble profesion que ejerce algo de fascinador sobre los corazones de gran temple, se consagra, por fin, al estado eclesiástico, y empieza sus tareas dedicándose al cuidado de los jóvenes en un hospicio. Desea recibir las sagradas órdenes, pero una enfermedad cruel, la epilepsia, le cierra el camino. El joven Mastai-Ferreti, no se desalienta; seguro de su vocacion, busca en la fé divina los recursos que no habia de encontrar en la ciencia del hombre; su remedio es la oracion; ora con insistencia, invoca con amor y confianza á la *Consoladora de los afligidos*, y la epilepsia desaparece. Se ordena de sacerdote, y conforme á su vocacion de caridad, se halla á la cabeza de un hospicio. ¡Qué bello es el encontrar siempre entre niños huérfanos, entre pobres y desvalidos, al joven destinado para ser un dia el vicario de aquel que dijo: dejad que los niños se me acerquen, y que se complacia en verse rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, para derramar palabras de amor seguidas de consuelo y remedio!

Despues de haberse inspirado, no bajo doradas techumbres, no entre el fausto y los placeres, sino á la vista del espectáculo mas grave é instructivo á que el hombre puede asistir, cual es el infortunio de sus semejantes, el joven Mastai-Ferreti va á recibir nue-

vas inspiraciones: su celo por la gloria de Dios, su caridad para con los hombres, le asocia á una mision destinada á tierras lejanas. Atraviesa el Mediterráneo y el Océano; terribles y repetidas tempestades ponen en inminente peligro el frágil bergantín; y el jóven que acaba de asistir á las miserias de la humanidad en la oscuridad de un hospicio, es llamado ahora á correr grandes riesgos, á presenciar esos espectáculos pavorosos y sublimes, en que el débil hombre, luchando contra las fuerzas colosales de la naturaleza, desfallece una y otra vez, y arrodillado sobre una endeble tabla, invoca por la intercesion de la *Estrella de los mares*, al que doma los aquilones y disipa las borrascas.

Hay en los grandes espectáculos de la naturaleza, algo que dilata y fortalece el alma; y cuando á ellos se une la vista de naciones diversas, de civilizaciones varias, de usos y costumbres diferentes, el espíritu adquiere cierta amplitud que influye de una manera favorable sobre el entendimiento y el corazon, ensanchando las ideas y elevando los sentimientos. Por esto agrada sobre manera el ver al jóven misionero destinado á sentarse en la Cátedra de San Pedro, surcar la inmensidad del Océano; admirar los magníficos rios, las soberbias cordilleras de América; atravesar aquellos bosques, aquellas llanuras, donde una naturaleza rica, fecunda, abandonada á sí misma, ostenta con lujosa profusion los tesoros de su seno en la abundancia, variedad y hermosura de sus plantas y animales; correr peligros entre los salvages, dormir en pobres chozas ó acostarse á campo raso, y pasar la noche bajo aquel esplendente horizonte que sorprende al viagero en las regiones australes. La Providencia, que destinaba al jóven Mastai-Perreti á reinar sobre un pueblo y á gobernar á la Iglesia universal, le conducia por la mano, haciéndole visitar varias naciones, y contemplar las maravillas de la creacion. Restituido á Roma, y estimado por Leon XII, es promovido al obispado de Spoleto; despues al de Imola; y elevado finalmente á la dignidad de Cardenal por el venerable Pontífice su antecesor, Gregorio XVI.

El Papa, segun noticias de personas que le conocen bien, reúne dos cualidades: mucha sensibilidad, y completo imperio sobre sí mismo: de aquí una grande igualdad de ánimo que conserva en todas las vicisitudes. Estas son precisamente las dos cualidades que forman los grandes caracteres, esos caracteres tan raros en el mundo. Sensibilidad, porque el hombre sin corazon, es frío, es flojo, es incapaz de grandes acciones, y suele propender al egoismo. Cuando el sentimiento falta, la mente no es fecunda, los objetos se ven mal, porque se miran desde un punto mezquino; lo grande se achica, y lo pequeño se convierte en fantasmas; en lugar de las emocio-

nes nobles y generosas, hay las miserables pasiones del amor propio, del miedo que retrocede ante los objetos de vastas dimensiones, y procura reducirlo todo á las proporciones estrechas del apocado espectador: con un corazon seco, no se sienten los males de la humanidad, ni las necesidades que ellos crean; no se siente la sublimidad del sacrificio, no se ama á los hombres con ese amor vivo, profundo, activo, eficaz, que no se contenta con palabras estériles, que hace el bien arrojando todo linage de dificultades, que no piensa ni en la maledicencia ni en la ingratitud, y que inmoia la vida, y si es necesario, algo mas caro que la vida, el buen nombre, para hacer el bien de sus semejantes. Sensibilidad que la han tenido muy delicada todos los grandes bienhechores del género humano; que tambien la tuvo en alto grado Jesucristo, el que se compadeció tan tiernamente de las turbas, *miseror super turbam*, que llora á la vista del sepulcro de Lázaro, que llora sobre las desgracias de Jerusalén, que en el huerto de Gethzemani, abrumado con una tristeza mortal, riega la tierra con sudor de sangre. Imperio sobre sí mismo: que sin esto el corazon es llevado por todos los vientos, y la flaqueza de la carne dañaria á la prontitud del espíritu; imperio completo, tranquilo, que nace de un alto temple de alma, de la fija en las ideas, de la premeditacion en los designios, y sobre todo, de la rectitud de intencion, del testimonio de la buena conciencia. Entonces, cuando se reúnen estas cualidades, hay irresistible energia en la accion, y firmeza incontestable en la resistencia; entonces se verifica de una manera amplia, sublime, el tipo del poeta: el varon justo, á quien no conmueven ni los clamores de las turbas, ni el semblante airado de los tiranos.

En la conducta de Pio IX se refleja ese carácter: la empresa que ha acometido es tan árdua, se halla tan crizada de peligros, requiere tal combinacion de valor y de prudencia, de suavidad y de firmeza, exige atencion tan simultánea á tantos, tan variados, tan grandes objetos; puede contar con tantos embarazos, con tales ingratitudes, con tal copia de sinsabores, de pesares, de amarguras, que el solo intentarla, el concebirla, revela una grande alma.

### III.

#### El Pontífice.

Lejos de que Pio IX se haya alucinado sobre el espíritu de la época, desconociendo los elementos de disolucion que en diversos

sentidos y en todas partes se agitan, manifiesta en sus palabras y en sus obras que profundamente penetrado de la gravedad de los males presentes, y del peligro de otros que amenazan, se propone esforzarse por prevenir estos y remediar aquellos. En su alocucion en el Consistorio secreto de 27 de Julio de 1846, da las gracias á los Cardenales por la eleccion; pero se duele de que se hayan fijado en él sin merecerlo, “especialmente en estos tiempos, en verdad muy calamitosos para la Iglesia y el Estado.” En sus letras apostólicas para el Jubileo universal, en 20 de Noviembre del mismo año, señala como motivo de esta gracia “lo dificultoso de los tiempos y de las cosas,” por lo cual cree serle “sobremanaera necesario el auxilio divino, para apartar de la grey del Señor las ocultas asechanzas que por todas partes la rodean.”

Pero donde resalta y brilla con todo su esplendor el celo y la alta prevision del Sumo Pontífice, es en su admirable Enciclica á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, dada en Roma el día 9 de Noviembre de 1846. Lejos de que el Papa abrigase el indigno pensamiento de rebajar en nada á su venerable predecesor, aprovecha la ocasion para tributarle el homenaje de un profundo respeto. “He aquí, dice, que sin pensarlo ni imaginarlo siquiera, por muerte de nuestro esclarecidísimo predecesor Gregorio XVI, cuya memoria y cuyos ilustres y gloriosos hechos admirará ciertamente la posteridad, esculpidos con caracteres de oro en los fastos de la Iglesia, fuimos por los secretos designios de la Providencia elevados al Sumo Pontificado, no sin la mayor turbacion y estremecimiento de nuestro espíritu.”

El Pontífice manifiesta en seguida la causa de esa turbacion y estremecimiento, diciendo: “si siempre se ha mirado y debe justamente mirarse como muy pesada y peligrosa la carga del ministerio apostólico, ahora en estos tiempos tan calamitosos para la república cristiana, es mucho mas temible.”

Como si el Santo Pontífice hubiese previsto que algunos habian de rezelar que le engañasen los impíos, y no conociese bastante sus ineficaz arterias, traza con superior elocuencia el siguiente cuadro. “A ninguno de vosotros se oculta, venerables hermanos, que en nuestros aciagos dias se fragua contra todo lo que al catolicismo pertenece, la guerra mas cruda y espantosa, por esos hombres que unidos entre sí con sociedad nefanda, no pudiendo sufrir la sana doctrina, y apartando de la verdad sus oídos, se esfuerzan en sacar de las tinieblas toda especie de opiniones estravagantes, y escagerándolas con todo ahinco, procuran estenderlas y diseminarlas entre el pueblo. Llénanos de horror y de la mas cruel amargura, el

considerar tantos y tan monstruosos errores, tantos y tan varios artificios para dañar, tantas asechanzas, tantas maquinaciones con que estos enemigos de la verdad y de la luz, y consumados maestros en el arte de engañar, procuran extinguir en todas las almas el amor de la piedad, de la justicia, de la honestidad, corromper las costumbres, perturbar todos los derechos divinos y humanos, combatir y trastornar la religion católica y la sociedad civil, y hasta si fuera posible, arrancarlas de raiz.” No es dable trazar con mas elocuencia y energía los males y los peligros de la época, ni pintar con mas fuertes colores los designios de la impiedad. Sin embargo, el Papa continúa el cuadro aumentando si cabe el horror de lo que acababa de describir. “Sabeis, venerables hermanos, que estos furiosos enemigos del hombre cristiano, miserablemente arrebatados por el ciego impetu de frenética impiedad, han llevado á tal punto la temeridad de opinar, que con inaudita audacia, *abriendo su boca con blasfemias contra Dios*, no se avergüenzan de enseñar pública y paladinamente que los sacrosantos misterios de nuestra religion, son falsos é inventados por los hombres, y que la doctrina de la Iglesia católica se opone á la ventura y bienestar de la sociedad, ni temen rechazar al mismo Cristo y Dios; y para alucinar mas fácilmente á los pueblos y engañar á los incautos é ignorantes, é inducirlos en sus errores, pretenden que solo ellos conocen los caminos de la prosperidad; ni vacilan en arrogarse el título de filósofos, cual si la filosofía, cuyo único objeto es investigar las verdades naturales, debiese rechazar lo que el mismo Dios, supremo y clementísimo criador de toda la naturaleza, se ha dignado revelar á los hombres por un singular beneficio de su misericordia, para que alcancen la felicidad y la salvacion.”

Continúa el Pontífice esponiendo y refutando esos errores, habla del temerario y sacrilego atrevimiento de los que quisieran aplicar el progreso á la religion, cual si fuese una invencion filosófica que por medios humanos pudiera perfeccionarse; indica rápidamente los motivos de credibilidad, encarga á los Obispos que con toda solicitud y esmero se opongan á los que con intento abominable pretenden, á pretexto de humano progreso, destruir la fé y sujetarla impíamente á la razon, y luego añade: “Por otra parte, bien sabeis, venerables hermanos, los demas monstruosos errores y engaños con que los hijos de este siglo intentan combatir con la mayor tenacidad la religion católica, la divina autoridad y las leyes de la Iglesia, y conculcar los derechos de la potestad así sagrada como civil. A esto se dirigen los nefandos proyectos contra esta Romana Catedral de San Pedro, en la que Jesucristo puso el insupugnable funda-

mento de su Iglesia; á esto las sociedades secretas, salidas de las tinieblas para ruina y destruccion de la religion y de los Estados, anatematizadas repetidas veces por los romanos Pontífices nuestros predecesores en sus letras apostólicas, que Nos, con la plenitud de nuestra potestad apostólica, confirmamos y mandamos que se cumplan con la mayor escrupulosidad. Condena en seguida las sociedades bíblicas, el indiferentismo en materia de religion, defendiendo el calibato del clero, llama al comunismo nefanda doctrina sobremanera opuesta al derecho natural, destructora de todas las propiedades, de todos los derechos, y de la misma sociedad humana; ni se olvida de amonestar á los Obispos y á los fieles para que se guarden de las tenebrosas asechanzas de los que, vestidos con piel de oveja siendo rapaces lobos, se introducen bajo la mentida y fraudulenta capa de una piedad mas pura, de una virtud y conducta mas austera, é insinuándose blandamente y atrayendo con dulzura y suavidad, encadenan y ocultamente matan, y con terror apartan de todo culto religioso á los hombres, y dan muerte y descuartizan á las ovejas del Señor. Finalmente, se lamenta de "esa peste de volúmenes y folletos que por do quiera circulan, en los que se enseña á pecar, y que compuestos con seductor artificio y engaño, y esparcidos no sin grandes dispendios por todas partes para ruina del pueblo cristiano, diseminan por do quiera doctrinas pestilentes, depravan especialmente el ánimo de los incautos, y causan á la religion los mayores daños. De ese aluvion de errores que por todas partes se estiende, de esa *desenfrenada licencia de pensar, hablar y escribir*, provienen la degeneracion de las costumbres, el desprecio de la santísima religion de Cristo, la impugnacion de la magestad en el culto divino, los atentados contra la potestad de esta Silla apostólica, los ataques contra la Iglesia y la torpe servidumbre á que se ve reducida su autoridad, la conculcacion de los derechos episcopales, la violacion de la santidad del matrimonio, el enflaquecimiento de toda clase de gobiernos, y tantos otros daños sufridos por la religion y la sociedad civil, que á Nos, como á vosotros, venerables hermanos, nos obligan á derramar lágrimas."

Contra tantos y tan graves males y peligros, recuerda con San Leon que es gran piedad poner de manifiesto los ocultos manejos de los impíos, y abatir y vencer en ellos al mismo diablo á quien sirven. Ruega y exhorta á que por todos los medios posibles se descubran al pueblo fiel la multitud de asechanzas, falacias, errores, fraudes y maquinaciones de los enemigos, que se le aparte "cuidadosamente de la lectura de los malos libros, que se le haga huir de las sectas y sociedades de los impíos como de la serpiente,"

y añade: "cuidad de inculcar al pueblo cristiano la debida obediencia y sumision á los príncipes y potestades, enseñándole, segun el Apóstol, que toda potestad viene de Dios; que los que á ella resisten, resisten á lo ordenado por Dios y se hacen reos de condenacion; y que por tanto nadie puede, sin pecado, violar el precepto de obedecer á esta potestad, á no ser cuando mandase algo que fuese contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia."

Despues de inculcar á los pueblos sus deberes, recuerda tambien á los príncipes la obligacion en que están de defender la integridad y libertad de la Iglesia; y que Nos, dice, sosteniendo la causa de la Iglesia, sostenemos tambien la de su reino para que posean en paz sus dominios. Esta libertad de la Iglesia es uno de los pensamientos que dominan, por decirlo así, al Pontífice. Roma no olvidará en mucho tiempo el espectáculo que se le ofreció el dia último de la octava de la Epifanía en la iglesia de San Andrés cuando en vez del padre Ventura á quien esperaba, vió subir al púlpito al mismo Papa, y dirigirle una homilia que rebosaba de la uncion mas tierna y penetrante; no olvidará la profunda impresion que causó en toda la concurrencia, cuando el Papa, lleno de fervor, exclamó: "Sí, Dios mio, yo que no ceso de orar por este pueblo fiel, os le recomiendo de nuevo: echad sobre él una mirada de misericordia, volved á él vuestros ojos misericordiosos. *Respice, Domine, de celo*. Venid, Señor, y visitad esta viña que vuestra diestra plantó, y que regasteis y fecundasteis con vuestra sangre, y cuyo cuidado me habeis encomendado. *Visita vineam istam, quam plantavit dextera tua*. Pero Señor, que esta visita no sea una visita de justicia, no sea una visita para castigar á los malos colonos, sino una visita de misericordia que los convierta y los salve. Visitadla, Señor, y al visitarla, *apartad de ella esa mano de hierro que la oprime*."

El Papa se propone reformar las órdenes religiosas, imitando á sus predecesores que lo hicieron tambien segun lo dictaba la prudencia, con arreglo á las circunstancias y á las necesidades de los tiempos. Con este objeto ha dirigido una carta encíclica á todos los Generales, Abades, Provinciales y demas superiores de dichas órdenes; y otra á todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos. Ambas son dignas de un Papa; en ambas respira el amor á los institutos religiosos, el deseo de conservarlos y aumentarlos por medio de una reforma. Dificil es encontrar en ninguna parte una apologia mas completa y elocuente de la que se halla en las breves cláusulas de ambas encíclicas. Dirigiéndose á los superiores de las órdenes les habla de este modo: "Amados hijos varones religiosos: sa-

lud y bendicion apostólica.—Tan luego como por los secretos designios de la Divina Providencia fuimos encargados del gobierno de la Iglesia universal, deseamos vivamente entre la multitud de cuidados y desvelos de nuestro ministerio apostólico, manifestar á vuestras religiosas familias el *singular afecto* de nuestro amor paternal, ampararlas con *todas nuestras fuerzas*, escudarlas, defenderlas, y procurar con todo nuestro poder su mayor bien y esplendor. Ellas, en efecto, fundadas por varones santísimos, inspirados por el Divino Espíritu para procurar la mayor gloria de Dios Omnipotente, y confirmadas por esta Silla apostólica, constituyen con su diversidad de formas aquella hermosísima variedad que admirablemente circunda la Iglesia, y componen aquellas escogidas legiones auxiliares de Cristo, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así al cristianismo como á la sociedad civil: porque llamados sus individuos por un singular beneficio de Dios á la profesion de los consejos de la sabiduría evangélica, y reputándolo todo como detrimento por la eminente ciencia de Jesucristo, despreciando con ánimo esforzado é invicto todo lo terreno, y mirando únicamente á las cosas celestiales, se los vió *siempre* insistir en estas esclarecidas obras, con lo cual *merecieron bien de la Iglesia católica y de los Estados*. No hay en verdad quien ignore ó pueda ignorar, que las familias y órdenes religiosas, ya desde los primeros dias de su institucion brillaron por la multitud de varones, que insignes por su copiosa erudicion y vasto saber en todas las ciencias, radiantes de gloria por su santidad y todo género de virtudes, ilustres ademas por sus honrosas dignidades, abrasados en ardiente amor de Dios y de los hombres, y hechos un espectáculo á los ojos del mundo, de los ángeles y de los hombres, no tenían otro placer que consagrarse dia y noche, y con el mayor afán y ahinco, á la meditacion de las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion de Jesús, propagar la fé católica y la doctrina desde el Oriente hasta el Ocaso, y pelear valerosamente por ella; sufrir con gusto las mortificaciones, tormentos y suplicios de todas especies hasta perder su propia vida; sacar á los pueblos rudos y bárbaros de los errores, de la ferocidad de costumbres y del cieno de los vicios, y atraerlos á la luz de la verdad evangélica, á la práctica de toda virtud y á la vida civil; cultivar la literatura, las ciencias y las artes, defenderlas y salvarlas de su ruina; formar maduramente en la piedad y buenas costumbres los tiernos entendimientos de los jóvenes, y sus corazones, blandos todavía como la cera, é imbuirlos en sanas doctrinas y traer á la senda de la salud á los que yerran. Ni es esto todo, pues con sus entrañas de misericordia no hay género alguno de caridad he-

róica que no hayan practicado hasta con peligro de su propia vida, para ofrecer con el mayor amor todos los ausilios de la beneficencia cristiana á los cautivos y presos, á los enfermos y agonizantes, á todos los pobres miserables y desgraciados, mitigar su dolor, y proveer por todos los medios posibles á todas sus necesidades.

“De aquí es que los Padres y Doctores de la Iglesia tributaron *justísimamente* los mayores elogios á los que profesaban la perfeccion evangélica, y pelearon denodadamente contra sus impugnadores, quienes *temerariamente proclaman que son inútiles estos sagrados institutos y perjudiciales á la sociedad*.”

Con tal predileccion mira Pio IX á los institutos religiosos: al reformarlos, se propone su conservacion y prosperidad; y para lograrlo se dirige á los superiores de los mismos, y á todos los Obispos del mundo católico, nombrando ademas una congregacion de Cardenales ilustres por su sabiduría y virtudes, de la cual forman parte algunos que pertenecen á órdenes religiosas. Dichosos estos institutos cuando son reformados con tan santa intencion, con tan ardiente celo, con tantas precauciones, con tantas garantías de acierto, y sobre todo, bajo la accion de una autoridad tan legítima y competente como es la del Vicario de Jesucristo. ¿Qué mas pueden desear las ovejas que éstar encomendadas á la solícitud de su pastor? No sufrirán violencias los religiosos, no experimentarán despojos, no verán sus bienes en manos inmorales, y distraidos de los objetos piadosos. Lo que ha hecho el Papa hasta ahora indica lo que hará en adelante: dos conventos ha suprimido, uno el de San Alejo en Roma, del órden de los Gerónimos, porque desde la muerte del último abad solo habian quedado dos religiosos; y otro en Narni por razones análogas: pues bien, las rentas del primero han sido aplicadas á los clérigos regulares del órden de los Somascos, que se dedican á la educacion de la juventud, con la carga empero de proveer á la subsistencia de dichos dos religiosos durante su vida; las del otro han servido para aumentar la dotacion del Obispo de aquella ciudad. ¡Felices reformas las que se hacen de una manera tan suave, por medios tan legítimos, con intencion tan santa, y con tal espíritu de justicia!

No hablaria siquiera de las villanas calumnias, de las necias vulgaridades que se han propalado sobre las conspiraciones de los jesuitas contra Pio IX, y el ódio de Pio IX á los jesuitas, si no fuera necesario recordar dos documentos que han llamado de una manera especial la atencion pública. El uno es la excelente carta del padre Roothaam, general de la Compañia, al *Correo francés* en que al rechazar la calumnia y explicar la posicion de su órden con res-

pecto á la variedad de las formas políticas, asegura que Pio IX desde su elevacion no ha cesado de dar á la Compañía de Jesus prendas de su benévolo y paternal afecto, y dice que para los jesuitas su deber como súbditos de los Estados romanos será tanto mas fácil de cumplir, "cuanto que el Santo Pontífice que hoy ocupa la Cátedra de San Pedro, reúne al sagrado carácter de que se halla revestido, todas las virtudes que la Iglesia honra, todas las grandes cualidades que el mundo admira." El otro documento es la carta de Su Santidad al padre Perrone, en la que al manifestar cuán grato le ha sido que aquel sábio jesuita le dedicase el opúsculo titulado, *Disquisicion teológica sobre la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria*, elogia la religion, la piedad, el talento, la ciencia del autor, y luego intercala un párrafo en que hace en breves palabras la apología de aquella órden: "Lo que es muy propio de un individuo de esta ínclita Compañía que tiene la satisfaccion de haber contado en su seno á tantos varones insignes por la pureza de costumbres, por el brillo de la santidad, por el saber en todos ramos, y muy beneméritos de la religion y de la sociedad civil." Así habla Pio IX; así aprovecha la oportunidad para responder á los que le suponian enemigo de los jesuitas.

La conducta del Papa está anunciando que bajo su pontificado será defendida con vigor la autoridad y la libertad de la Iglesia, sin consideracion á injustas exigencias de las potestades de la tierra. El pulso y detenimiento con que se procede en los asuntos de la Iglesia española, es una prueba del espíritu que preside á los actos del Pontífice; pero no es solo en una nacion de segundo órden donde Pio IX está dando pruebas de firmeza enlazada con prudencia; el negocio de los colegios mistos en Irlanda manifiesta claramente que cuando está de por medio la religion, Pio IX no reconoce diferencia entre la flaqueza de España y el poderío de la Gran Bretaña. La Inglaterra ha dado á Pio IX muestras de simpatía, enviando á Lord Minto para tantear un arreglo sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas: los periódicos ministeriales ingleses han colmado de elogios al Santo Padre; todo estaba indicando las disposiciones mas propicias hácia la Santa Sede: ¡qué ocasion para vacilar! ¡qué razones tan especiosas podian fundarse en lo imperioso de las circunstancias, en la conveniencia de hacer un sacrificio para evitar mayores males! Hasta se trataba de una materia en que se hallaban divididos los pareceres de los Obispos. ¡Qué motivos para mostrarse condescendiente! Sin embargo, el Papa no ha vacilado en disgustar á la Inglaterra: la Congregacion de la Propaganda ha opinado en contra de los colegios mistos, y el Papa ha

aprobado esta decision, y la ha confirmado con su autoridad. Mientras protege el Santo Padre la libertad de la Iglesia de Irlanda, estiende su paternal solicitud á las de Dinamarca, Suecia y Noruega, enviando, segun dicen, á Monseñor Rossi, prelado romano, para procurar la emancipacion de los católicos.

En medio de tantas solicitudes, el infatigable Pontífice, devorado por el celo de la gloria del Señor, asiste á las solemnidades religiosas, dirige su palabra á los fieles, visita hospitales y demas establecimientos de beneficencia, los conventos de religiosos y de religiosas, acude á celebrar en iglesias particulares, distribuye la Sagrada Eucaristía á los alumnos de un seminario, y mientras en su eclicólica de 25 de Marzo levanta su augusta voz para escitar la caridad del mundo en favor de la desgraciada Irlanda, habiendo dado antes el ejemplo recorriendo á los pobres irlandeses con mil escudos de su bolsillo particular, ampara al padre de familia, al huérfano, á la viuda, con aquellos rasgos de caridad que han hecho derramar lágrimas de ternura á todos los corazones sensibles.

Así, no es de extrañar, pues, que Pio IX haya escitado un entusiasmo tan universal. No es todo ficcion, no es todo amañes de la impiedad para arrastrarle á un abismo: hay mucho de eso ciertamente, pero no es todo eso; hay otra cosa: las naciones en masa no fingen; y pocos ejemplos hay en la historia moderna de un lenguaje de tanta veneracion, de tanto amor, de tanto entusiasmo, como el que está resonando en todas partes por el actual Pontífice. No hay un periódico donde no venga escrito su nombre; no hay un sitio donde no se encuentre su retrato. Y qué, ¿serán tambien ficciones inicuas las palabras de los pastores de la Iglesia? ¡Lo serán las del Cardenal de Bonald, del Arzobispo de Paris y de otros ilustres prelados? ¿Quién no se ha conmovido al leer las elocuentes palabras del Cardenal Arzobispo de Cambrai el día de su solemne entrada en su metrópoli? Se oye frecuentemente espresarse con entusiasmo á personas distinguidas que han tenido la dicha de hablar con Pio IX; pero no cabe encontrar palabras mas sentidas ni mas tieras que las que acaba de pronunciar el Cardenal Arzobispo de Cambrai. "Esperais de mí, dice, mis amados hermanos, que os diga alguna cosa de la peregrinacion que acabo de hacer mas allá de las playas de la Francia.

"Nos hemos apresurado, muy amados hermanos, á pronunciar un nombre que está ya en todos los labios, y que vuestros corazones han repetido mil veces: Nos le hemos visto al muy amado Pio IX. Pio IX el grande, mas grande que toda alabanza, el mas



generoso de los príncipes, el mas piadoso de los Pontífices; entre todos los monumentos de Roma, el mas digno de ser contemplado; él, á quien el pueblo romano bendice, en quien fija sus ojos toda la Italia; él, á quien toda la Europa admira; él, á quien saludan tantas esperanzas, y á quien rodea un inmenso amor. Le hemos visto, cómo espresaras las emociones de aquella primera audiencia, en que trémulos de temor y de ternura, nos hemos hallado en presencia de la caridad y de la dulzura del Salvador mismo! En sus ojos, ¡qué espresion de bondad! — ¡Qué suavidad en su palabra! ¡Qué serena magestad en su fisonomía! Representaos una de esas figuras angelicales de Bruno y de Bernard, en que el pincel mas delicado se ha complacido en derramar todas las gracias de una virtud celeste. ¡Ah, si vosotros hubiéscis podido verle como Nos le hemos visto! Aquella calma de su frente, sin embargo de estar rodeada de tantas solicitudes; la confianza de su mirada cuando la fija sobre la imágen del divino Crucifijo que tiene siempre delante; aquella benignidad, aquella mansedumbre esparcidas en sus labios; no, no hay espíritu tan rebelde que no hubiese confesado la fé; no hay rodilla que no se hubiese doblado, no hay lengua que no hubiese exclamado: ¡Santo Padre, vos sois verdaderamente el Vicario del Hijo de Dios!

IV.

Empresa de Pio IX.

¿Cuál es la empresa? Conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus declaraciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un órden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras; desarrollar en los Estados pontificios un espíritu público, que los prepare para atravesar sin

trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la soberanía temporal de la Santa Sede; no obstante la transformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacía espiritual con la soberanía temporal, es decir, una condicion que no podria faltar, sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal.

Esta es la empresa de Pio IX; al menos tal la concibo en mi humilde opinion; empresa, si, lo confieso, sembrada de dificultades, erizada de riesgos, rodeada de abismos; el problema es mas complicado de lo que parece; no se le resuelve, ni cantando un himno como los patriotas italianos, ni invocando el amparo de las bayonetas austriacas. La situacion de la Italia; las condiciones especiales á que están sometidos los Estados pontificios; el carácter de la civilizacion moderna; el curso de las ideas, el espíritu de la época; todo se combina para producir por un lado necesidades, y embarazar al mismo tiempo la satisfaccion de ellas, suscitando obstáculos y creando peligros. Dícese que el Pontífice, en medio de su calma, pasa ratos amargos; esto abona su prevision; pocos hombres se han visto en unas circunstancias mas críticas. Y estas no es la verdad que las haya producido él ni sus venerables antecesores; son hijas de la naturaleza de las cosas, de la marcha de las ideas y de los acontecimientos; son condiciones inseparables de una de esas grandes evoluciones que hace el género humano en la serie de los tiempos; uno de esos periodos á que la Providencia sujeta al mundo para hacerle pasar á un nuevo estado que el débil hombre prevee, pero que no alcanza á prevenir.

Como quiera, no conviene apocar el espíritu con ideas estrechas ó sentimientos poco elevados: la prevision es una gran cualidad, pero el miedo escargará; señálfense en buen hora los peligros, pero no nos sobresaltemos fácilmente por cada noticia que llegue de un pequeño motin. Vivimos en una época de agitacion, de zozobra; es preciso resignarse á ello: somos navegantes en mar inquieto; en vano nos prometieramos bonanzas muy permanentes: ora terribles borrascas, ora fuertes marejadas, rara vez completa calma; escépto en aquellos momentos que preceden á tremenda tempestad.

Cuando se reflexiona sobre lo presente y lo porvenir; no con las prevenciones del espíritu de partido, ni con sueños de vanas utopías, ni con el apocamiento que liga el ánimo á un pequeño círculo de espacio y tiempo, sino con la luz de una sana filosofía, la enseñan-

za de la historia, y sobre todo con la fé en el entendimiento y la esperanza en el corazón, se descubre algo de sorprendente y sublime en la marcha de la humanidad, descollando entre los objetos más dignos de contemplación, el poder espiritual y el dominio temporal de la Santa Sede. En los temores que tan fácilmente asaltan el ánimo del débil mortal, en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas y nos consuela y tranquiliza. ¿Dónde está el imperio de los señores del mundo, que enviaban al suplicio á los santos Pontífices de los tres primeros siglos? No existe; y el Pontificado permanece. ¿Dónde está el imperio de aquellos reyes bárbaros que talan, devastan, incendian la Italia y Roma? No existe. ¿Dónde está el imperio de los sucesores de Carlomagno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No existe; y el dominio temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia y su restablecimiento de la antigua república en Roma? Disipóse como el humo; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están esas repúblicas de Italia que se prometían la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No existen; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Carlos V, de Francisco I, de Felipe II y sus sucesores? Se disiparon; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las obras de los generales de la república francesa, dónde las de Napoleón, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No existen; y la soberanía temporal de los sucesores de Pio VI y Pio VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y qué ha sucedido en el resto del mundo? ¿Pueden contarse las formas políticas que han caducado, las dinastías que han perecido, los reyes que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma, asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Carlos V, sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleón, agitada por los carbonarios, en esa Roma, la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía.

Grande enseñanza para no aplicar á Roma el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que domina el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular, que hace fallar los cálculos de la poli-

nica humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopías sino en hechos, los que pareciendo un hermoso sueño de una fantasía poética, son una incontestable realidad histórica.

### La independencia de la Italia.

El malestar de la Italia, sea cual fuere su causa, es un hecho que se manifestaba por la necesidad de la protección austriaca para sostener el órden: un país que necesita de protección estrangera, está enfermo; sus fuerzas vitales no le bastan, pues que ha menester de las ajenas. Hace ya muchos años que al hablar de la Italia, se vuelven instintivamente los ojos hácia el Austria, no precisamente por lo que posee, sino por lo que protege: hay, pues, en el fondo de los espíritus una convicción de que la Italia no se basta á sí propia. Este es un hecho fundamental en la presente cuestion: es la clave para explicar los nobles esfuerzos de Pio IX. La política del Papa no afecta solo á sus Estados, influye en toda la Italia: Pio IX debió haberlo previsto.

La Italia es el país clásico de la agitación; nunca ha podido constituirse bien. Durante el imperio romano, tenia cierta unidad facticia; mas bien que unidad era la union producida por una mano de hierro que comprime: sus municipios no dejaban de conservar antiguas diferencias, que debían manifestarse tan pronto como cayera el trono de los Césares. Envuelta la península italiana en el cataclismo universal de la irrupcion bárbara, siguió durante algunos siglos la suerte de los demas países de Europa, en cuanto á ser destrazada por la guerra intestina, y atormentada por las invasiones estrangeras; pero mientras la Europa se encaminaba á formar nacionalidades fuertes y poderosas, la península italiana se fraccionaba y cubria su suelo de diminutos principados y pequeñas repúblicas. La Italia ha tenido bastante espíritu de nacionalidad para no ser estrangera; pero demasiado poco para crear esas grandes unidades que ve-

mos en Austria, Francia, Inglaterra, España, y últimamente en Prusia y Rusia. Así, los que piensan ahora en la unidad italiana, se entregan á un sueño desmentido por la historia: lo que no han creado catorce siglos, no lo crearán las sociedades secretas. La España, la Francia, el Austria, se han disputado con torrentes de sangre los pedazos de aquel país siempre descuyntado; pudiendo asegurarse, que á no haber existido la soberanía temporal del Romano Pontífice, la Italia hubiera perdido hasta ese rastro de nacionalidad que tantas veces no ha tenido mas vínculo que la lengua y el nombre.

No es, pues, de extrañar que la Italia se agite fácilmente; esto ha sucedido en todas épocas. Afortunadamente los disturbios de Toscana, Módena y Luca, no tienen la importancia de los disturbios de París: sin aplicar aquello de la *tempestad en un vaso de agua*, y sin desconocer la importancia que esto puede entrañar, es preciso no cesar de advertir los peligros. Si ha de haber en Europa una nueva conflagración, de otros puntos es probable que salga: la propaganda italiana se agitará en un círculo pequeño, si no viene á favorecerla un rompimiento de hostilidades entre las grandes potencias de Europa.

Cerdeña, Estados Pontificios, Nápoles, he aquí los tres puntos donde conviene tener la vista fija; una perturbación profunda en alguno de ellos, tendría ya consecuencias graves: con tal que los soberanos de esos tres países sean dueños del movimiento, no hay que temer; el día en que sucediera lo contrario, ya es preciso resignarse á complicaciones peligrosas.

Los Estados limítrofes con el Austria, sufrirán siempre mas ó menos, la comprensión de esta potencia; cuando eso faltase por una guerra desgraciada en el Rhin ú otra causa, quedarían por de pronto entregados á la anarquía, para pasar *inmediatamente* bajo el dominio ó protectorado de la Francia ó de la Inglaterra. Todas las alharacas de independencia y de libertad italiana en tiempo de la república y del imperio, no eran mas que un homenaje de sumisión al Directorio ó al emperador; lo mismo sucedería ahora; la duda solo está en si á un mariscal austriaco le sucedería uno francés, ó un almirante inglés. La Cerdeña, los Estados Pontificios y Nápoles, seguirían la misma suerte el día en que cayesen sus actuales gobiernos; las vicisitudes serían mas profundas, pero el resultado fuera el mismo: no hay para aquellos países esperanza de libertad, ni siquiera de independencia; el día en que rompan los cetros que los rigen; y tal es la fuerza de las cosas, que despues de los mas grandes trastornos, habrían de volver á una situación semejante á la que tienen ahora: en pos de torrentes de sangre, vendría otro tratado de Viena recogiendo los trozos dispersos, y pegándolos de nuevo.

Reconociendo estas verdades, no puede tampoco desconocerse otra, y es, que los gobiernos de Italia procederían muy mal, si contando demasiado con el apoyo del Austria, no procurasen estar dispuestos para acontecimientos que pueden afectar las relaciones de las grandes potencias. El Austria, estando en paz la Europa, y no oponiéndose ni la Francia ni la Inglaterra, puede, con sus regimientos, garantizar la seguridad de los gobiernos italianos: los cálculos en este punto están acordes con la esperiencia; pero si falta una cualquiera de estas condiciones, el Austria queda paralizada, ó euando menos muy impedida. Los tiempos de la república y del imperio, nos han dejado instructivas lecciones sobre lo que pudiera ser el Austria si sobrevinieran grandes conflictos: la España, sin las pretensiones de gran potencia, no se humilló como el Austria ante las águilas del capitán del siglo.

Aun prescindiendo de semejantes eventualidades, es preciso convenir en que todo gobierno cuya seguridad estriba en el apoyo extranjero, se ve forzado á condescendencias humillantes, es flojo y abandonado en su administración, imitando la conducta de los particulares, que con la seguridad de la munificencia ajena, se olvidan del trabajo, caen en la desidia, y al fin se degradan. Por esto son siempre fatales las protecciones extranjeras; y á veces le sería menos dañoso á un país el perder del todo su independencia, el convertirse en provincia de otro imperio, que el estar sometido á esa acción bastarda, que no se siente impulsada hácia el bien por ningun motivo, y que tiene muchos para hacer el mal, sin ningun género de responsabilidad. Pobres soberanos los que tienen que ofrecerse á sus pueblos bajo la égida de otros soberanos; pobres monarcas los que tienen que sufrir reconvenções como si fueran meros prefectos, y ni siquiera pueden como éstos, tener el consuelo de reclamar claridad y precisión en las instrucciones, y medios para ejecutarlas.

Así, pues, el trabajar por emanciparse de toda influencia extranjera, el colocarse en tal situación, que no se necesite de su apoyo, es para todo soberano una tarea dignísima, una tarea que le aconsejan de consuno su decoro, su honra, el bien de sus pueblos, su propio interés y hasta su seguridad en un porvenir mas ó menos cercano. Si el Papa ha querido proceder de modo que no quedase ni motivo ni pretexto para mirarle como un protegido del Austria; si el Papa ha querido prevenir que en adelante no hubiese necesidad de que penetrasen en sus Estados los ejércitos austriacos para restablecer el orden; si el Papa, á mas de esa alta prevision política, se ha sentido animado del sentimiento de nacionalidad italiana, no hay corazon generoso que no deba aplaudirle, no hay alma noble que no de-

ba felicitarle; en este hidalgo pensamiento se habrá conformado el Papa con el de sus predecesores; quienes al propio tiempo que defendian las prerogativas de la Iglesia, defendian tambien la independencia de la Italia.

Los revolucionarios en sus asonadas, proclaman la independencia; pero este pretexto se funda en un hecho, cual es, la oposicion de los italianos á la dominacion estrangera. Es preciso esforzarse por dirigir ese espíritu, y no tratar de sofocarle; primero, porque esto seria muy poco noble; segundo, porque es imposible. Los pueblos son sumamente susceptibles en este punto, y con razon; ¡ay de las naciones donde faltara semejante susceptibilidad! habrian muerto. Hablando á españoles, no hay necesidad de encañecer lo que vale el sentimiento de la independencia; tambien los españoles rechazarian con indignacion, no solo la dominacion material, sino la influencia preponderante. Nuestros padres lucharon durante seis años con el capitán del siglo, por no aceptar de sus manos un rey; la susceptibilidad de la peninsula italiana en punto á independencia, en ninguna parte será mejor comprendida que en la peninsula española: sentimos perfectamente lo que debe de significar para un italiano la palabra de *adicto al Austria*; nosotros que tan hondamente sentimos lo que espresa la palabra *afrancesado*.

**El gobierno pontificio y las altas potencias.**

El desarrollo de un espíritu público que por sí solo y sin auxilio de las bayonetas extranjeras, baste á contener una revolución y á sostener el gobierno temporal del Pontífice, es un pensamiento digno de un Papa, y ademas, es un pensamiento necesario. Será posible que Pio IX tropiece con tales dificultades interiores y exteriores, que no lo llegue á realizar como él desea; pero si su empresa no puede ser llevada á cabo ahora, lo será en lo venidero, otro Pontífice intentará lo mismo que Pio IX, y al fin uno de ellos lo conseguirá.

Fiar la suerte temporal de la Santa Sede al protectorado del Austria ni de otra potencia, es un error grave: es dormirse tranquilamente al borde de un abismo. Repetidas veces ha experimentado Roma lo que hacia notar Conzalvi antes de la eleccion de Pio VII: que todas las potencias de que se habia esperado apoyo, no ofrecian al estado eclesiástico sino amigos inciertos ó indignos aliados; y tiene ahora aplicacion, y en adelante la tendrá mas, lo que á continuacion añadia aquel hombre célebre: que convenia buscar una nueva fuerza en todos los recursos que no faltan jamas á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles.

La Santa Sede no puede fiar su porvenir temporal á las potencias del Norte; en ellas no hay suficiente garantía ni de fuerza ni de buena voluntad. No de fuerza, porque el núcleo de esta se halla demasiado lejos del punto que necesitaria proteccion; no de buena voluntad, porque aun suponiendo imposible un nuevo José II en el trono de Austria, no se puede perder de vista que el rey de Prusia es protestante, y el emperador de Rusia cismático; y que ambos gobiernos han dado pruebas recientes, públicas, estrepitosas, de su espíritu de oposicion á la religion católica.

La política de Pio IX no ha debido agrandar al Austria; pero será difícil persuadir á los hombres pensadores, que el desagrado de aquella potencia sea un justo motivo de reprobacion. Esto, aunque prescindamos de todo sentimiento de nacionalidad é independencia, y atendamos únicamente al interés de la propia conservacion por parte del gobierno pontificio.

La clave de la política del Norte no está en Austria ni en Prusia, sino en Rusia; y esta última potencia no tiene ciertamente contrarios méritos con la Santa Sede. Mientras se conserve el *statu quo* en Europa, el protectorado del Austria, aunque humillante, podria ser verdadero; el dia de un conflicto europeo, este protectorado no significa nada: la Rusia se presentaria lo que es en realidad: la única potencia continental que puede arrostrar las iras de una revolucion en Francia, y todas las vicisitudes de una conflagracion europea. Vencidas la Prusia y el Austria, y en revolucion la Alemania y la Italia, todavia la Rusia permaneciera en pié: con su poderosa marina en el mar Báltico y el Negro, con sus numerosos ejércitos, con sus tesoros de la Siberia, con sus pueblos bárbaros de que dispone con tanta inteligencia, con su inmenso territorio, con sus valladas de nieve, sepultura del mayor y mejor ejército de los tiempos modernos, la Rusia podria hacer frente á todos los conflictos europeos; y si en último apuro se aliase con los Estados-Unidos, podria desafiar desde sus nieves la cólera de todas las potencias coligadas,

inclusa la Inglaterra. Comparad ese poder con el del Austria, cuya capital puede tomar en pocas marchas un ejército francés; en cuyos alrededores de Italia y de Alemania prendería en un instante el fuego de la revolucion, y ved si es preciso pensar en algo mas que en el Austria, y si es cuerdo entregarse tranquilo á todas las eventualidades, cuyo último desenlace, si hubiera de ser feliz, seria principalmente debido á la prepotencia del Czar.

En el terreno de la diplomacia y de la dominacion política, la Rusia prepondera en el continente de una manera tal, que bajo este aspecto el equilibrio europeo no existiría si no hubiese el contrapeso de la Inglaterra. Pero fuera del campo diplomático, y político, es decir, fuera de la accion ejercida por los gobiernos, hay el campo de las ideas, que se modifican en todas partes con rapidez, que influyen ya mucho en la política y en la diplomacia, y que indudablemente influirán mucho mas en lo venidero. Bajo este aspecto la fuerza no se halla en la Rusia, sino en la Alemania y en la Francia; siendo esta última la encargada del papel de propagandista. Idioma que se habla, ó al menos se entiende en todas partes; facilidad y brillo de expresion; arte de popularizar las ideas mas abstractas, hiriendo la fantasía con imágenes seductorás é interesando el corazon con toques delicados; el talento de la sátira, el arte de alabar ó deprimir écsageradamente, estas son las cualidades de que dispone la Francia, esa Grecia de los tiempos modernos. Si un dia nuevos macedonios ó romanos la humillasen con sus conquistas, ella vencería á sus vencedores inoculándoles sus ideas: y el gigante del Norte, adormecido en los brazos de su bella esclava, empezaría á recorrer el periodo de todos los poderes del mundo: despues del apogeo, la decadencia, y al fin la muerte. Ahora mismo la cultura rusa es ya la cultura francesa; la nobleza rusa ha participado mucho de la influencia francesa, y si los efectos no se hacen sentir en la política, es porque hay un pueblo intacto en su inmensa mayoría, y la nobleza resiste á la acción disolvente porque tiene delante de sí el campo en que se forman y conservan las aristocracias poderosas, la conquista.

En el porvenir de Europa hay dos luchás, la de los gobiernos y la de las ideas: en aquella descuellan la Inglaterra y la Rusia, potencias antieatólicas; en esta sobresale la propaganda francesa, plagada de volterianismo con disfraces modernos. ¿Qué se infiere de aqui? Lo que se infiere es, que no conviene contar con apoyo extranjero; que es preciso desenvolver las fuerzas propias; que es necesario no ligar la suerte con la de ningún poder político; que es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Euro-

pa hallen menos cosas que conmovier, aprovechando cuerdamente lo que haya de bueno en el espíritu moderno para dar á las ideas una direccion justa y preparar á los hechos una transformacion pacífica.

¡Ay de los gobiernos que se duermen! ¡Ay de los pueblos que ellos gobiernen! ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para ir las acomodando á las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando. La religion y la moral son eternas; ellas no perecerán: cuando los hombres crean haber pulverizado los cimientos del magnífico edificio, verán que el edificio no se desploma, porque está pendiente del cielo; la corriente de los siglos arrebatará lo terreno, pero lo celeste durará. Mas entre tanto, ¿quién es capaz de abarcar las oscilaciones, los trastornos que cambiarán la faz del mundo? ¿Quién no prevé las oleadas en que tendrá que flotar aquella navicella que no puede perecer? ¡Ah! cuando la historia nos muestra las revoluciones de ideas, de costumbres, de instituciones que nos han precedido; cuando la esperiencia de todos los dias nos hace palpar el cambio profundo que en todas partes se está realizando, la mente se abruma y anonada al pensar en los inmensos acontecimientos que se amontonan en el porvenir; y entonces, lejos, si, lejos de extrañar, de ver con disgusto que un Papa, para prevenir mayores riesgos, arrostre otros menores, se admira uno de la sabiduría misteriosa que asiste siempre á la Santa Sede, y que se manifiesta soberanamente en los momentos mas críticos y terribles: entonces, lejos de experimentar despego por el Santo Pontífice que ocupa la Cátedra de San Pedro, se levanta el corazon al cielo para implorar sobre Pio IX luz y fortaleza.

VII.

Las concesiones.

Sin duda que lo mas seguro para el momento era dejar las cosas *in statu quo*; pero el Papa no habrá olvidado que si bien las innovaciones han perdido á muchos gobiernos, tambien los ha perdido la tenacidad en la inaccion, que contenta con lo presente no se cuida del porvenir; de la inaccion, que por no sufrir hoy la molestia de